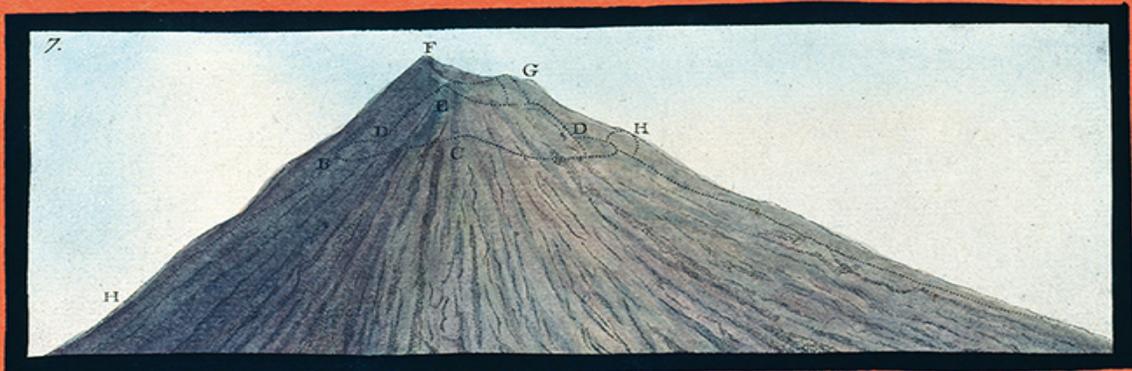




Daisy Dunn

# BAJO LA SOMBRA DEL VESUBIO

*Vida de Plinio*



SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Daisy Dunn

Bajo la sombra  
del Vesubio

Vida de Plinio

Traducción del inglés  
de Victoria León

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 120 (Serie Mayor)



Edición en formato digital: abril de 2021

Título original: *In the Shadow of Vesuvius. A life of Pliny*

En cubierta: fotografía de © Bridgeman Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Daisy Dunn, 2019

Originally published in the English language

by HarperCollins Publishers Ltd.

The author asserts the moral right to be identified

as the author of this Work

© De la traducción, Victoria León

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18708-71-8

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

*Mapas*

*Nota*

PRIMERA PARTE

O-

*Prólogo. Más oscuro que la noche*

1. Raíces y árboles

SEGUNDA PARTE

INVIERNO

2. Ilusiones de inmortalidad

3. Vivir es estar despierto

4. Solitario como una ostra

5. El don del veneno

TERCERA PARTE

PRIMAVERA

6. Pliniana

7. La sombra de Verona

8. Retrato de un hombre

9. La muerte de los principios

CUARTA PARTE

VERANO

10. La imitación de la naturaleza
11. Algo difícil, arduo y fastidioso
12. Cabeza, corazón y vientre
13. Después del solsticio

QUINTA PARTE

-TOÑO

14. La vida en hormigón
15. La depravada creencia

*Epílogo. Resurrección*

*Ilustraciones*

*Cronología*

*Índice de ilustraciones*

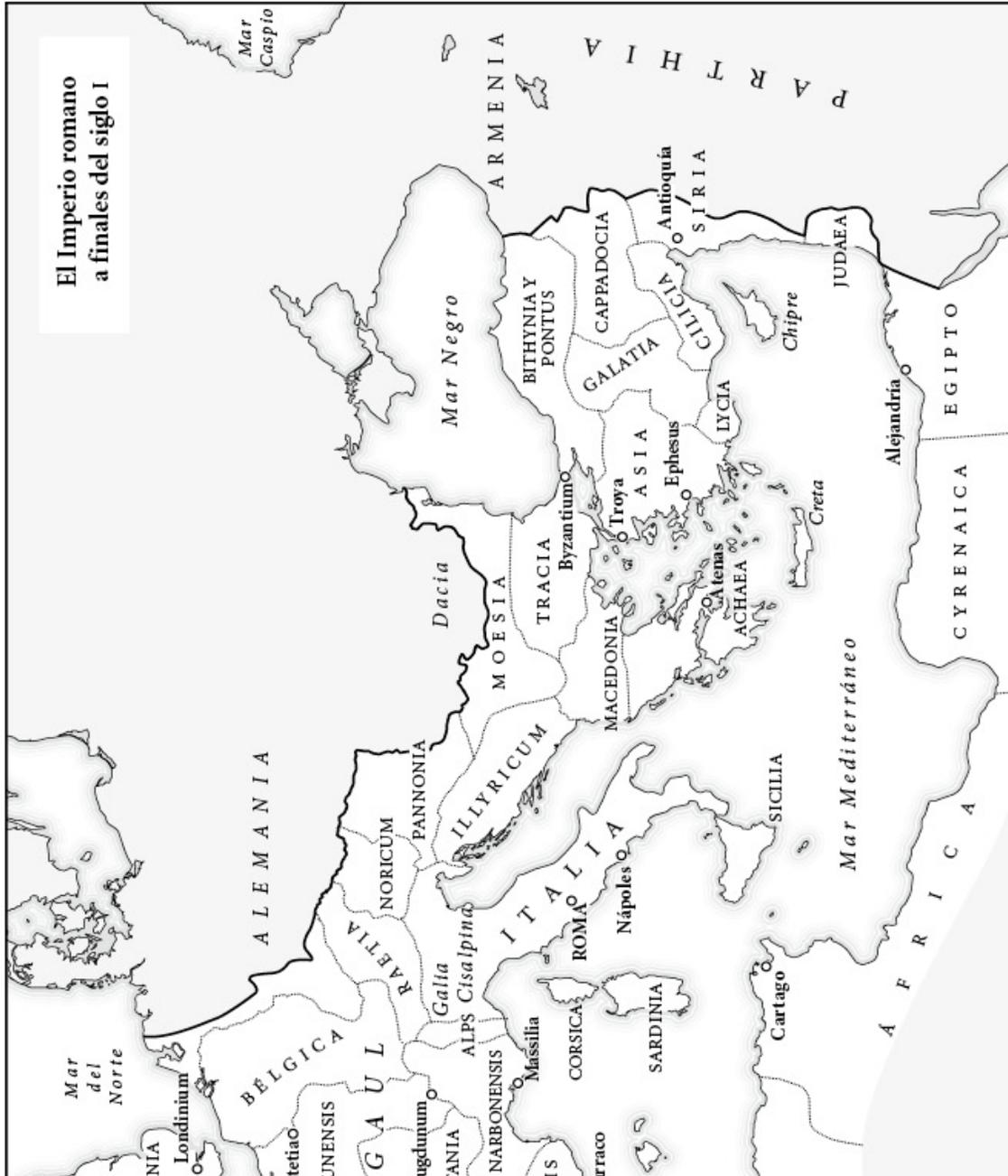
*Notas*

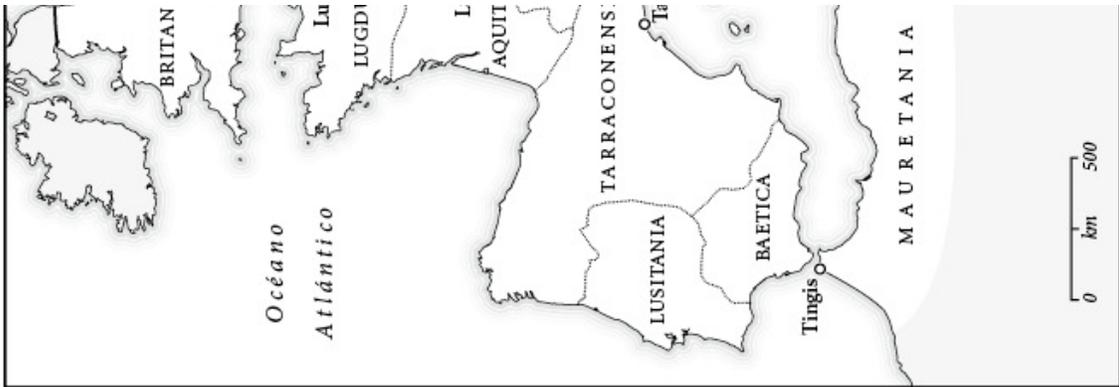
*Bibliografía selecta*

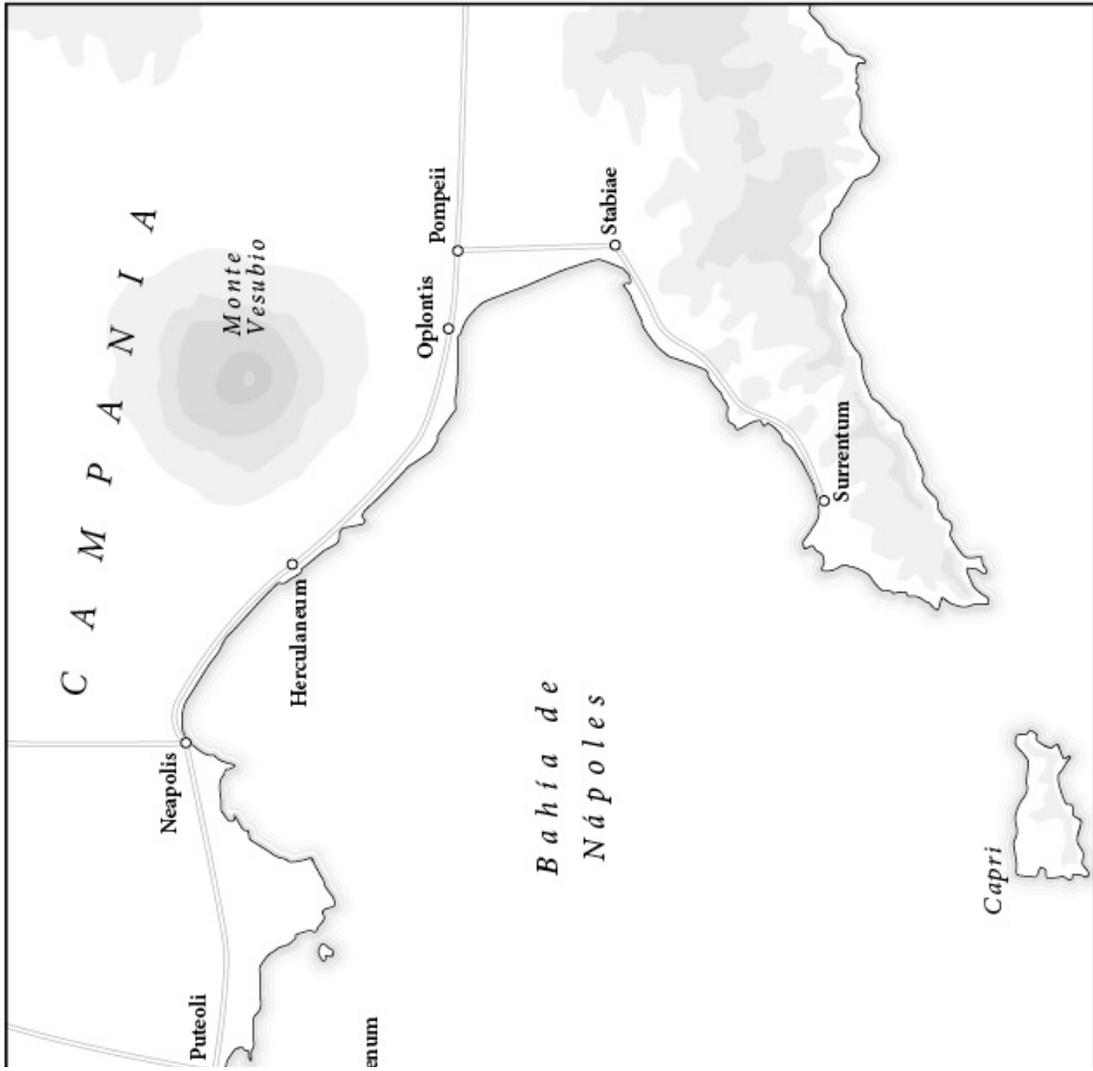
*Agradecimientos*

*A mis abuelos,  
Don y Wendy Short*

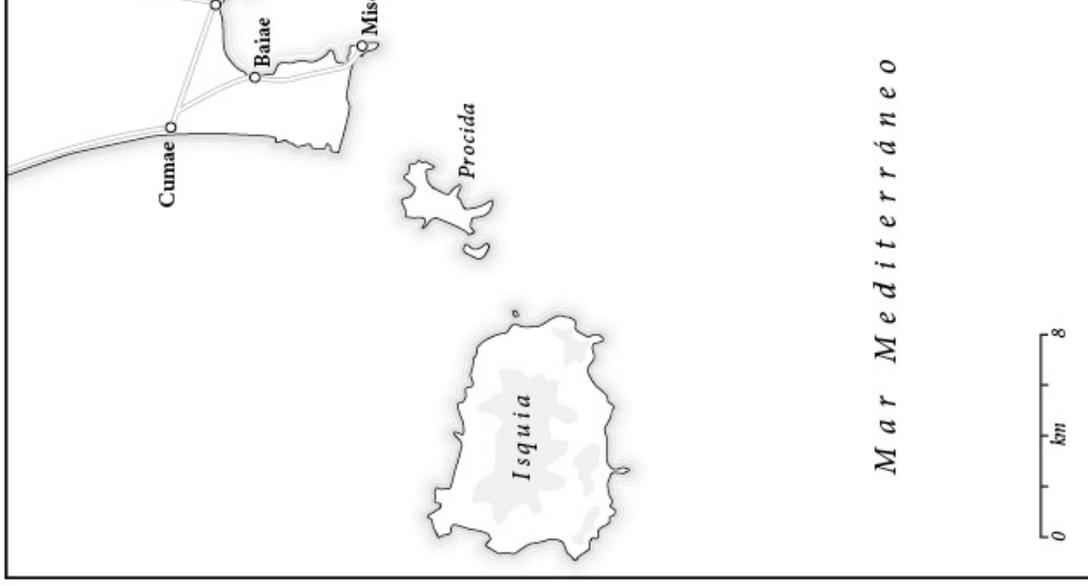
# Mapas







&



## Nota

Este libro explora las ideas de Plinio el Joven y Plinio el Viejo —los Plinios— acerca de la vida, la muerte y el mundo natural. Se trata de una biografía doble, estructurada en torno a la vida del Plinio más joven y mejor documentado de los dos, que hemos ido reconstruyendo a través de sus *Cartas*, y en torno a la extraordinaria enciclopedia de su tío Plinio el Viejo, la *Historia natural*. Pero es también una celebración del duradero interés que han suscitado ambos hombres y sus obras y del tratamiento que han ido recibiendo sus ideas a lo largo de los siglos.

Leer en latín tanto las *Cartas* como la *Historia natural* es un trabajo exigente que requiere un constante ir y venir entre fuentes distintas —las historias y sátiras de Roma; la poesía de la Grecia antigua y sus tratados de medicina, y hasta los escritos de los padres de la Iglesia—. Entre los destinatarios habituales de las cartas de Plinio el Joven se contaban el historiador Tácito y el biógrafo Suetonio, cuyas célebres semblanzas de los emperadores son bastante posteriores a sus cartas y complementan varias de sus crónicas de los acontecimientos de Roma. También, aunque durante mucho tiempo olvidadas, perviven numerosas inscripciones y restos arqueológicos que han aportado información sobre las vidas de ambos Plinios. Hemos querido unir las a las fuentes literarias para ofrecer así una visión tridimensional del mundo al que pertenecieron.

Todas las traducciones del griego y del latín en las que no se indica lo contrario son nuestras.

Con el mismo espíritu que animaba a los Plinios, hemos tratado de evitar un relato que siguiera estrictamente el orden cronológico, y hemos seguido las etapas de la vida del más joven al tiempo que recorriamos la *Historia natural*. La forma del libro se inspira en el año tal como se concebía en tiempos de Plinio el Joven, estructurado de un modo un tanto distinto al nuestro. Julio César había reformado el calendario en el siglo I a. C. cuando este había dejado de corresponderse con el curso de las estaciones —una discordancia que causaba el ciclo lunar, en el que estaba basado—. Julio César mandó que se sustituyera por un calendario solar. Y hubo entonces doce meses divididos en treinta o treinta y un días, a excepción de febrero, que, al igual que hoy, contaba con veintiocho días; veintinueve en los años bisiestos. Aunque Plinio el Viejo confesara que resultaba difícil determinar con exactitud el momento en que una estrella aparecía o señalar el comienzo de una nueva estación, siendo el cambio tan gradual y el clima tan impredecible, el calendario juliano, al menos, ofrecía un esquema estable. Plinio el Viejo decía que el invierno comenzaba el 11 de noviembre; la primavera, el 8 de febrero; el verano, el 10 de mayo; y el otoño, el 8 o el 11 de agosto.

## **PRIMERA PARTE**

**0-**

# Prólogo

## Más oscuro que la noche

Afortunados me parecen los hombres a los que los dioses han concedido el don de hacer aquellas cosas que merecen ponerse por escrito y escribir aquellas que merecen ser leídas, y muy afortunados los que pueden hacer tanto lo uno como lo otro. Por medio de sus obras y de través de las tuyas, mi tío será uno de ellos.

Plinio el Joven a Tácito, *Cartas*, 6.16

La crisis comenzó a primera hora de una tarde en la que Plinio el Joven contaba diecisiete años, cuando se hallaba en compañía de su madre y de su tío en una villa con vistas a la bahía de Nápoles. Su madre fue la primera que se fijó en «una nube extraña y enorme» que empezaba a formarse a lo lejos en el cielo. Plinio dijo que parecía un pino piñonero, «pues se alzaba como sobre una especie de tronco alargado y se extendía en forma de ramas». Pero también recordaba a una seta: tan leve como espuma de mar, de un blanco que, poco a poco, iba ensuciándose, se elevaba sobre un tallo mortal en potencia.<sup>1</sup> Se hallaban demasiado lejos como para saber con exactitud de qué montaña salía la nube en forma de seta, pero Plinio descubriría después que se trataba del Vesubio, situado a unos treinta kilómetros de Miseno, el lugar desde donde él y su madre, Plinia, la observaban.

El cabo de Miseno era famoso por sus erizos de mar, y aún más por su puerto, que albergaba una de las dos flotas imperiales de Roma.<sup>2</sup> Su nombre conservaba el recuerdo de Miseno, el trompetero de Eneas que luchó junto a Héctor en la guerra de Troya y logró escapar de la ciudadela en llamas y, a pesar de ello, encontró «una muerte que no merecía». «En su insensatez, hizo sonar una caracola marina en medio de las olas y llamó a los dioses para celebrar una competición de canto», relataba Virgilio.<sup>3</sup> Tritón, que era hijo del dios del mar Neptuno, envidioso de Miseno, lo ahogó. Mientras reunía leña para la pira funeraria de Miseno, en la región volcánica de Cumas, Eneas descubrió la rama dorada que le daría acceso al Hades.

Plinio el Viejo, tío de Plinio por parte de madre, era almirante de la flota y responsable del mantenimiento y la reparación de unas naves que servían, en su mayor parte, «para proteger» las aguas itálicas.<sup>4</sup> Aquella mañana se había levantado temprano, como era su costumbre, había tomado un baño y había desayunado, y estaba trabajando cuando, hacia el mediodía, su hermana fue a contarle lo que había visto. Tras abandonar su lectura y pedir su calzado, se dirigió a un punto de observación más alto para así tener una vista mejor.

Además de almirante, Plinio el Viejo era historiador y naturalista. Hacía poco que había acabado de escribir su enciclopedia de historia natural en treinta y siete volúmenes, donde dedicaba varios pasajes a los volcanes del mundo. Allí había descrito el monte Etna de Sicilia, resplandeciendo en medio de la noche «y cubriendo de hielo las cenizas» que expulsaba mientras la nieve caía sobre su superficie.<sup>5</sup> Había descrito también el volcán Cofanto de la Bactriana, al norte del Hindú Kush, y el

monte Quimera de Licia (al sur de Turquía), donde se decía que la lluvia alimentaba el fuego y, en cambio, la tierra y el estiércol lo extinguían. Y había escrito acerca de un cráter de Babilonia que lanzaba llamas sin cesar, y de volcanes de Persia, Etiopía y las islas Eolias. Pero no del Vesubio. En la *Historia natural*, el Vesubio no era más que un monte cubierto de viñas, regado por el Sarno y visible desde Pompeya.<sup>6</sup> En caso de que Plinio el Viejo supiera que se trataba de un volcán, debía de creerlo extinguido.

Daba la impresión de que la región de Campania era demasiado verde y demasiado húmeda como para arder, con «llanuras tan fértiles, montañas tan soleadas, prados tan seguros, bosques tan ricos en sombra, tierras tan abundantes en viñas y olivos, vellones de lana tan hermosos, toros de cuellos tan magníficos y tantos lagos, ríos y manantiales, y tantos mares y puertos que el seno de sus tierras se abre al comercio de todas partes y penetra en el mar con el mayor entusiasmo para ayudar a los hombres».<sup>7</sup> «La dichosa Campania» era para Plinio el Viejo el lugar en el que la naturaleza había reunido todos sus dones.

Las viñas eran especialmente famosas. Un antiguo fresco de la región muestra a Baco, el dios del vino, con un hermoso vestido de uvas mientras examina los viñedos de la ladera baja de una montaña que con toda probabilidad es el Vesubio. Una enorme serpiente, el «buen espíritu» de las viñas, aparece representada al fondo de la pintura. Atando aquellas largas vides en escaleras para descolgarse con ellas hasta una planicie al pie de la ladera del Vesubio, Espartaco y sus hombres habían logrado llevar a cabo un ataque sorpresa contra los romanos, obligarlos a retirarse y apoderarse de su campamento durante la rebelión del año 73 a. C.<sup>8</sup> Casi un siglo después de la derrota de Espartaco,

el geógrafo griego Estrabón se fijó en la presencia de unas piedras ennegrecidas casi llegando a la cumbre del monte y sugirió que las cenizas del fuego, «una vez extinguido», habían contribuido a fertilizar la tierra, como en el monte Etna.<sup>9</sup> Sin embargo, si la lava fue la causa del éxito de los viñedos del Vesubio, no había indicios de que el volcán no se hubiera extinguido para siempre. El Vesubio había entrado en erupción por primera vez unos 23.000 años antes y llevaba ya dormido alrededor de setecientos —dormido, pero tan vivo como las tierras cultivadas que lo envolvían—. <sup>10</sup> Igual que una serpiente, solo estaba mudando de piel.\*

El proceso había comenzado tal vez dos horas antes de que la madre de Plinio lo advirtiera. Una erupción relativamente pequeña había presagiado la mayor, que había formado la nube.<sup>11</sup> El árbol fue haciéndose cada vez más alto mientras era expulsado por el volcán y succionado hacia el cielo por convección.<sup>12</sup> Al alcanzar el pico, podría tener una altura de treinta y tres kilómetros.<sup>13</sup> Plinio el Viejo llegó a la conclusión de que aquel fenómeno merecía una investigación más profunda. Y, después de tomar nota de todo lo que pudo desde su lugar de observación, decidió abandonar Miseno para acercarse más a la fuente de dicho fenómeno. A primera hora de la mañana ya le había dado a su sobrino tareas de escritorio. Cuando ahora le preguntó si quería acompañarlo, Plinio le respondió que no; insistió en que prefería quedarse trabajando con su madre. Y entonces Plinio el Viejo se marchó sin él. Ordenó que le preparasen un barco, y estaba saliendo de la villa cuando le llegó una carta de su amiga Rectina, que vivía a los pies del Vesubio. Aterrorizada, esta le suplicaba ayuda, pues «ya no había huida posible salvo en barco». Fue entonces —recordaba Plinio— cuando su tío «cambió de planes y puso

todo su empeño en lo que había comenzado como una curiosidad intelectual». <sup>14</sup> El almirante Plinio tenía toda la flota a su disposición e hizo zarpar a los cuatrirremes — unos barcos grandes, pero sorprendentemente rápidos, provistos de dos filas de remeros con dos hombres por cada remo— para socorrer no solo a Rectina, sino a todos los habitantes de aquella poblada costa que fuera posible rescatar.

Durante varias horas, la flota mantuvo el rumbo atravesando la bahía de Nápoles. Pese a avanzar en la misma dirección de la que otros iban huyendo, se dijo que el tío de Plinio mostró tal templanza que no dejó de «describir y tomar nota de cada movimiento y cada forma que adoptaba aquella cosa maligna conforme iba apareciendo ante sus ojos». <sup>15</sup> A la vista de cualquiera de los marineros que lograron sobrevivir y contaron la historia del coraje de su almirante, la posibilidad de volver a tierra sanos y salvos debía de parecer cada vez más remota a medida que navegaban. Primero llovieron cenizas sobre ellos; luego llovió piedra pómez; más adelante, incluso «rocas negras quemadas y rotas por el fuego». Y no fue una granizada fugaz. Se dijo que la lluvia blanca y grisácea de piedra pómez se prolongó durante dieciocho horas. <sup>16</sup> Caía a un ritmo medio de 40.000 metros cúbicos por segundo. <sup>17</sup> Cuando los cuatrirremes avistaron la costa, la piedra pómez ya había formado masas en forma de islas en el mar que obstaculizaban su paso. A pesar de ello, cuando el timonel aconsejó darse la vuelta, Plinio el Viejo se negó en redondo. «La Fortuna ayuda a los valientes», dijo.

Aunque la piedra pómez les impedía llegar hasta Rectina, decidieron ayudar en la medida de lo posible. Estaba, una ciudad portuaria al sur de Pompeya, se hallaba a unos dieciséis kilómetros del Vesubio. Una imagen

contemporánea revela que el puerto de la ciudad contó con largos y elegantes promontorios, balaustradas entrecruzadas, frontones color de arena y columnas imponentes coronadas por esculturas humanas.<sup>18</sup> Cuando la flota llegó, las columnas serían ya meras sombras, con la noche cayendo sobre la bahía.

Bajo la lluvia incesante de ceniza y piedra pómez, Plinio el Viejo fue en busca de un amigo, Pomponiano, que ya había cargado sus pertenencias a bordo de un barco, «preparado para huir tan pronto como dejara de soplar el viento en contra». Plinio el Viejo lo abrazó y pidió darse un baño antes de unirse a él para la cena. «O estaba verdaderamente sereno o, al menos, mostraba un semblante de serenidad que requería el mismo coraje», reflexionaba Plinio después.<sup>19</sup> Mientras su anfitrión y los sirvientes contemplaban las llamas que brotaban de la montaña e iluminaban el cielo de la noche, Plinio el Viejo les dijo que lo que estaban viendo no eran «más que las hogueras de los campesinos, abandonadas en medio del terror, y sus casas vacías en llamas».<sup>20</sup> Como tranquilizado por su propia mentira, no tardó en quedarse dormido. Era un hombre de cincuenta y cinco años, corpulento y con una tráquea débil.<sup>21</sup> A medida que la ceniza caliente y la piedra pómez fueron acumulándose en el suelo tras la puerta, sus vías respiratorias, irritadas y contraídas —llamémoslo asma—, por una vez, resultaron ventajosas. Habría podido quedarse atrapado en el interior de no ser porque su respiración ruidosa alertó a los sirvientes de Pomponiano de que aún seguía dentro de la casa. Tras levantarlo de su cama, todos se reunieron para tomar la decisión definitiva acerca de permanecer allí o huir mientras aún fuera posible. El peso de la piedra pómez y los repetidos temblores de tierra ya habían empezado a hacer que los

edificios se derrumbasen. Si se quedaban dentro de la villa, podían acabar aplastados. Si se aventuraban a salir, la piedra pómez también podía derribar otras estructuras sobre ellos. Unos dos metros de espesor habían caído ya tan solo sobre la ciudad de Estabia.<sup>22</sup>

Los habitantes de Campania llevaban días sintiendo los temblores, pero estaban acostumbrados a aquellos movimientos y a aquel ruido de fondo. Como Plinio observó, «no les habían supuesto mayor motivo de preocupación, al ser habituales».<sup>23</sup> Más de dieciséis años habían pasado desde el último terremoto devastador de verdad, que había demolido templos, termas y edificios públicos de Pompeya y otras poblaciones cercanas.<sup>24</sup> Algunos ciudadanos habían huido después de aquel terremoto y habían jurado no volver jamás.<sup>25</sup> No obstante, la mayoría se había quedado hasta que vieron a sus vecinos sumidos en una especie de locura mientras que su ganado —más de seiscientas ovejas— perecía conforme los gases tóxicos iban propagándose por la atmósfera.<sup>26</sup> A las gentes de Campania no se les ocurrió relacionar aquellos hechos con la erupción que se estaba produciendo entonces. Debió de resultarles inconcebible que algo que se estaba desarrollando tan deprisa se hubiera puesto en marcha tantos años atrás.

El terremoto del año 63 había sido tan inesperado como intenso. Tras producirse, el 5 de febrero, cuando Plinio el Joven contaba poco más de un año, había puesto en ridículo la antigua creencia de que en invierno nunca había terremotos.<sup>27</sup> Las teorías aportadas a lo largo de los últimos seiscientos años para explicar la causa de los terremotos habían ido desde la cólera de los dioses al movimiento de las aguas debajo de la tierra o a la actividad del fuego o del aire.<sup>28</sup> Plinio el Viejo, por su parte, había defendido la teoría de los «vientos contrarios».<sup>29</sup> Creía que

la tierra y todo lo que había en ella se hallaban llenos de aliento vital, y que los vientos acechaban en las profundidades subterráneas incluso de los valles y barrancos más oscuros. Si nadie los molestaba, aquellos vientos permanecían contenidos, ocultos en sus madrigueras, y solían hacer sitio al aire fresco que trataba de abrirse camino hacia sus grutas por rendijas en la tierra.<sup>30</sup> Estratón de Lámpsaco, un filósofo de la escuela de Aristóteles, había descubierto que el calor y el frío se repelían mutuamente. Por eso los vientos subterráneos hacían todo lo posible por retroceder cuando llegaba aire frío. Pero, cuando no podían encontrar rendijas por las que escapar y el aire frío seguía filtrándose, se producía una violenta lucha. Y en mitad de aquella batalla entre los vientos era cuando la tierra se abría para aliviar la presión acumulada en sus entrañas. Ni Plinio el Viejo ni nadie sabía aún de la existencia de las placas tectónicas, pero aquella teoría demostraba una comprensión del papel que las fuerzas opuestas desempeñan como detonante de los terremotos.

La teoría de los vientos incluso servía en parte para explicar lo que ocurrió entonces. Se dedujo de forma acertada que las ovejas que murieron en el año 63 perecieron a causa de llevar la cabeza muy cerca de la tierra, de la que emanaban gases como el dióxido de carbono y el sulfuro. La muerte de ganado es un suceso habitual en las regiones volcánicas. En la primavera de 2015, más de cinco mil ovejas murieron en Islandia por una intoxicación de sulfuro volcánico. Los seres humanos llevan la cabeza lo bastante alta como para inhalar el veneno en dosis menores. La confusión que produce la intoxicación tiende a ser en ellos momentánea. Pero lo que nadie comprendió en el año 63 fue que aquel terremoto y aquella

liberación de gases no los causaba el que los vientos se estuvieran moviendo bajo la tierra, sino el magma que ascendía por dentro del Vesubio. Los terremotos llevaban hostigando el sur de Italia los dieciséis años de la vida del Plinio más joven, mientras —poco a poco— el volcán iba despertando.

A medida que los terremotos iban haciéndose más fuertes en la bahía de Nápoles, los edificios parecían mecerse sobre sus cimientos y derrumbarse desde sus techos cargados de escombros. Plinio el Viejo conservó la cabeza lo bastante fría como para comprender que quedarse dentro mientras la tierra temblaba y el cielo parecía venirse abajo resultaría fatal. Él, Pomponiano y el resto de los hombres y mujeres que había en la casa de Estabia fueron en busca de almohadones, se los ataron a la cabeza, y se arriesgaron a salir a oscuras. La piedra pómez es ligera y porosa —ya que se forma cuando las burbujas de gas se expanden y estallan dentro del magma en ascenso, y de inmediato se solidifica y se enfría—, pero un trozo grande de roca podía fácilmente haberlos matado.<sup>31</sup> De vuelta en Miseno, Plinio y su madre habían tomado una decisión similar. Plinio se había ido a la cama temprano y enseguida se despertó tras un breve sueño. Aunque la piedra pómez y la ceniza aún no habían empezado a caer allí, los temblores se habían hecho tan fuertes que objetos y muebles «no solo se movían, sino que llegaban a volcarse».<sup>32</sup> Temiendo un accidente o algo peor, salieron y fueron a sentarse en una terraza con vistas al mar. El día anterior Plinio se hallaba demasiado absorto en su trabajo como para salir de Miseno con su tío. Aquella noche, seguir absorto en su trabajo puede que fuese —y seguramente lo fue— su salvación. Tras pedir a un esclavo que le llevara *Ab urbe condita* de Tito Livio, una ingente obra sobre la

historia de Roma, Plinio volvió a sus anotaciones. Mientras leía acerca de la fundación y el desarrollo de Roma y su pueblo —y mientras la tierra continuaba temblando—, Plinio permaneció concentrado tan solo en su trabajo. Se preguntaría después si no fue aquella una actitud imprudente (era lo bastante circunspecto como para darse cuenta de la imagen que debió de causar garabateando mientras los cascotes caían a su alrededor), pero en su fuero interno no dudó jamás de la sabiduría de su conducta. Estuvo haciendo justo aquello que imaginaba que su tío haría también dondequiera que se hallase.

Estaba amaneciendo sobre Estabia, pero aquella no se parecía a ninguna otra mañana que sus gentes hubieran conocido. Era igual que la noche, «solo que una noche más negra y más densa que todas las noches que hubieran existido».<sup>33</sup> Fue entonces cuando Plinio el Viejo tomó una antorcha y se dirigió hacia la orilla para averiguar si quedaba alguna posibilidad de escapar. El mar estaba embravecido. Tenían el viento en contra. Extendió un lienzo en la playa y se tendió. Pidió por dos veces agua fresca. Bebió. Y entonces sucedió algo.

Aparecieron nuevas llamaradas y con ellas «el olor a sulfuro que sugería que vendrían más». Las gentes de Estabia huían, y también los acompañantes de Plinio el Viejo. Probablemente habían sentido la embestida de una nube ardiente —una especie de avalancha de ceniza, gas y roca—.<sup>34</sup> La nube en forma de pino que Plinio y su familia habían observado desde Miseno el día anterior ya se había derrumbado, demasiado densa como para seguir sosteniéndose sobre su tronco.<sup>35</sup> Liberadas por aquel hundimiento, las nubes ardientes habían comenzado a barrer Campania a una velocidad mínima de cien

kilómetros por hora, convirtiendo en escombros todo lo que encontraban a su paso.

Ni Plinio ni su tío podían saber que las olas mortíferas ya habían devastado la ciudad de Herculano. Tanto Plinio, sentado junto a su madre en Miseno, como su tío, tendido en una playa de Estabia, se hallaban relativamente lejos del volcán. Estabia se encontraba a dieciséis kilómetros al sudeste; Herculano, a solo siete kilómetros al sudoeste. Aunque Herculano no había sufrido una lluvia de piedra pómez demasiado intensa debido a la dirección del viento, los terremotos, en cambio, habían sido catastróficos. En un intento de ponerse a salvo, centenares de residentes se habían dirigido a la playa, donde había una serie de bóvedas en arco, con bastante probabilidad atarazanas, que resguardaban de la costa. Cada bóveda contaba con apenas tres metros de ancho por tres de profundidad. Los que no cupieron dentro de alguna de ellas o no llegaron a tiempo a su refugio —muchos hombres cedieron su lugar a mujeres y niños— quedaron expuestos.

Los habitantes de Herculano vieron llegar la avalancha. Apiñados bajo los arcos y desperdigados por la playa, se agarraban unos a otros. Se hallaban indefensos del todo. A medida que las riadas de materia volcánica se precipitaban sobre ellos, morían abrasados. En su segunda fase, una nube ardiente produce flujo piroclástico, un torrente de magma y gas que alcanza alrededor de los cuatrocientos grados Celsius. Golpeada por esa serie de oleadas y riadas volcánicas, Herculano quedó sepultada bajo las gruesas capas de escombros. Los arcos bajo los que yacían sus habitantes se convirtieron en la cripta funeraria que guardaría sus restos durante dos mil años.

Las multitudes aterrorizadas de Estabia estaban contemplando la que debió de ser la última de seis nubes

ardientes. Dos ya habían abatido Herculano; una tercera había golpeado Pompeya; una cuarta había aniquilado al resto de los pompeyanos supervivientes y la quinta había sepultado la ciudad.<sup>36</sup> Levantándose de su manta en la playa, Plinio el Viejo se incorporó con la ayuda de dos esclavos. Logró ponerse de pie, pero al instante cayó, vencido.\*\*

Plinio concluiría después que su tío murió a consecuencia de la densa humareda que habría obstruido sus frágiles vías respiratorias. Quizá estuviera en lo cierto. La oleada de una nube ardiente contiene muy poco oxígeno y habría llenado de ceniza sus pulmones hasta asfixiarlo.<sup>37</sup> Cuando, días después, encontraron su cuerpo, dijeron que se hallaba intacto e ileso, y que más que muerto parecía dormido. El cuerpo de una víctima de impacto térmico nunca muestra placidez. Está rígido y presenta los puños contraídos de una forma muy característica, como los de un boxeador, a consecuencia de la contracción de los tendones que el calor produce. Muchos de los cuerpos que después se descubrieron en Pompeya mostrarían señales de impacto térmico.

Plinio y su madre se hallaban más lejos del volcán y en mejor situación para la huida. Al amanecer, los terremotos se habían hecho tan intensos en Miseno que amenazaban con derribar la villa, y enseguida decidieron abandonar la ciudad. Cuando madre e hijo se abrían camino a través de sus calles, se vieron seguidos por una multitud «que prefería el criterio ajeno antes que el suyo; cosa que en momentos de temor equivale a la prudencia».<sup>38</sup> La reacción de la muchedumbre alejó a los refugiados de los edificios a punto de derrumbarse y gracias a ello tuvieron posibilidad de ponerse a salvo.

Plinio y su madre continuaron la huida en carro. A ellos se unió un amigo de Plinio el Viejo que acababa de volver de visitar Hispania. Mientras tanto, la tierra temblaba, saltaban de un lado para otro al tiempo que sus vehículos zigzagueaban y giraban sin cesar. Y por el camino presenciaron escenas que escapaban a toda explicación. El mar pareció «retroceder y embeberse en sí mismo, como si el terremoto lo hubiese empujado hacia atrás» dejando una estela de vida marina varada.<sup>39</sup> Debió de ser un tsunami o sencillamente un efecto secundario de la fuerza de los terremotos. Mientras tanto, tierra adentro, «una aterradora nube negra, desgarrada a fuerza de retorcerse y en la que temblaban destellos de llamas, comenzó a abrirse para mostrar unas largas lenguas de fuego que parecían relámpagos inmensos». La nube descendió sobre la tierra y cubrió el mar hasta que ni la isla de Capri ni el propio promontorio de Miseno se veían ya en el horizonte. Comenzó a caer ceniza, aunque solo un poco, de forma casi imperceptible en medio de la densa negrura que venía empujando por detrás y que se extendía por la tierra como un torrente. Aunque Plinio no podía saberlo, es muy probable que se tratara del borde de la misma nube ardiente que ya había matado a su tío en Estabia.<sup>40</sup> El amigo de Plinio el Viejo animó a Plinio y a su madre a continuar antes de huir él mismo del peligro: «Si tu hermano, si tu tío, sigue con vida, querría que estuvierais los dos a salvo y, si ha muerto, habría querido que lo sobrevivierais. ¿Por qué dudáis en escapar?».

Quedaba poco tiempo. La madre de Plinio suplicó y ordenó a su hijo que la dejara atrás, pues sabía que frenaría su huida. Le dijo que le pesaban «los años y el cuerpo, y moriría feliz solo con no ser la causa de [su] muerte».<sup>41</sup> En aquel momento, Plinio se acordó de Virgilio

y de su descripción de la caída de Troya. En su poema, la esposa de Eneas, Creúsa, va tras este en la huida. Cuando Eneas consigue ponerse a salvo, la ha perdido.

La madre de Plinio permaneció a su lado bajo la lluvia de ceniza. Para no repetir el error de Eneas, Plinio la sujetó de la mano con firmeza todo el tiempo. Dejando los carros, continuaron a pie a toda prisa mientras quedó algo de luz para ver. A Plinio se le ocurrió salir del camino principal para no verse obstaculizados por la multitud a oscuras. En algún punto se detuvieron para descansar, y entonces la nube convirtió el día en noche.

Aquel día que a las gentes de Estabia les pareció más negro que cualquier noche que hubieran conocido, le recordó a Plinio «no tanto a una noche sin luna o nublada como a una habitación cerrada a cal y canto en la que se hubiera apagado la luz». Le habría parecido que seguía en su habitación de no ser por los gritos:

Se oían los gemidos de las mujeres, el llanto de los niños, los gritos de los hombres. Unos llamaban a sus padres; otros a sus hijos y otros a sus compañeros intentando hacer oír su voz. Unos lloraban por su propio destino; otros por el de sus parientes. Los había que elevaban plegarias a la muerte por miedo a morir. Muchos alzaban sus manos hacia los dioses y la mayoría llegaba a la conclusión de que no había dioses en ninguna parte y que aquella noche duraría para siempre en el universo.<sup>42</sup>

¿Era aquello el fin del mundo? ¿Se trataba de la ecpírosis que los filósofos estoicos temían, del fuego que cerraba un ciclo de la vida y abría otro? ¿Era aquel el momento en que «el titán del Sol expulsa al día» y «la muerte y el caos vencen a todos los dioses / y hasta la muerte se vuelve contra sí misma»?<sup>43</sup>

El tío de Plinio había temido la llegada de aquel gran incendio. Había notado que los hijos eran de estatura más corta que sus padres y lo había tomado como una señal de que la semilla humana había comenzado a secarse por la cercanía de las llamas.<sup>44</sup> Y, por si alguien necesitaba alguna prueba de lo dramático de aquel encogimiento, proporcionaba en su enciclopedia la descripción de un cadáver antiguo que medía veinte metros de alto y había sido descubierto en un monte de Creta. Al abrirse en dos durante un remoto, la montaña habría sacado a la luz el cuerpo de aquel gigante. Algunos creían que se trataba de Orión, el mismo al que Júpiter, el rey de los dioses, había colocado en el cielo transformado en constelación. Otros decían que eran los restos de Oto, hijo de Neptuno. Pero ¿no podía tratarse de un humano? El cuerpo del mortal Orestes, hijo de Agamenón, ya había sido exhumado y medido, con más de tres metros de altura.\*\*\*

Plinio el Viejo había recurrido al mito para explicar lo inexplicable y ahora el Plinio más joven se imaginaba como el personaje de un poema épico. Las mujeres y niños presa de la desesperación de Campania eran como las almas del Inframundo virgiliano. Plinio era Eneas, que en el poema de Virgilio se encuentra rodeado del «sonido abrumador de los lamentos, / el llanto de las almas de los niños que el negro día / robó, arrancándolos del pecho de sus madres, / en el umbral mismo de la dulce vida / para arrojarlos a la amarga muerte».<sup>45</sup> Él se hallaba en un infierno viviente. Y ni siquiera estaba demasiado cerca del volcán. Solo podría haber imaginado las profundidades del infierno en las que otros se sumían. Plinio tenía tanto de visitante foráneo en Miseno como Eneas en el Hades, pero habría deseado que su huida hubiera sido igual de fácil que la de este último.

Las gentes del sur de Italia no estaban solas en su miedo. Los efectos de la erupción se sintieron a mil kilómetros de distancia «y la polvareda fue tan inmensa que alcanzó África, Siria y Egipto, y parte de ella llegó incluso a Roma, donde invadió el aire y nubló el sol».<sup>46</sup> Una polvareda que más tarde extendería «la enfermedad y la pestilencia más terribles» entre los supervivientes. Su repentina aparición en el cielo causó asombro incluso a las gentes de Roma, «que ni sabían ni podían imaginar lo que había pasado, pero lo veían todo patas arriba y les parecía que el sol se desvanecía en la tierra y que la tierra se estaba levantando hacia los cielos».<sup>47</sup> Algunos hablaban de gigantes en la oscuridad, o propagaban falsos rumores acerca de la magnitud de la destrucción. Otros simplemente caían presa del pánico. Plinio y su madre siguieron avanzando sin dejar de sacudirse la ceniza que iba depositándose sobre sus hombros para no «acabar ahogados ni vencidos por su peso».<sup>48</sup> A diferencia de mucha de la gente que había a su alrededor, Plinio no gritaba, pues incluso en aquellos funestos momentos era capaz de razonar, y al razonar encontraba algo parecido a la fe. Una fe que se convirtió en su consuelo al decirse a sí mismo: «Todo va a morir conmigo igual que yo con ello».

La oscuridad tardaría varios días en disiparse. Cuando lo hizo, un rayo de sol al fin devolvió la vista a Plinio. Su primera impresión al regresar con su madre a Miseno esperando noticias de su tío fue la de que «sepultado bajo las cenizas, como si se tratara de nieve, todo había cambiado».<sup>49</sup>